



## jacques sauvageot

Vice-presidente de la UNEF. Uno de los agitadores más destacados durante la crisis de mayo. Nacido en 1942. Perteneció a una familia católica muy numerosa. Su hermano fue presidente de la AG de Dijon en 63-64. Un hermano más joven pertenece actualmente a la corporación de Letrados de Dijon. Diplomados: Licenciatura en Letras e Historia, Licenciatura en Historia del Arte. Propone un DES de historia del arte. Resientemente ha estado con el PSU.

—¿Podría precisarme cuál era el estado de la UNEF en las vísperas del 3 de mayo? Todo el mundo parece estar de acuerdo en que la UNEF atravesaba uno de sus períodos de mayor debilidad.

—La UNEF particularmente al nivel de sus instancias deliberativas, estaba muy debilitada. Los debates en las asambleas generales se hacían cada vez más difíciles. Pero no creo que, en el medio estudiantil, ese haya sido su período de mayor debilidad. Al contrario. El año pasado, por ejemplo, la UNEF había sido incapaz de organizar una lucha reivindicativa de alcance, e incluso manifestaciones. Este año, con motivo del problema de la Reforma Aigrain, la UNEF ha organizado una manifestación de cinco o seis mil personas.

La UNEF ha participado también en la campaña "campus", que tuvo un gran éxito. Con cierta perspectiva se ve toda la importancia que tenía esta campaña de febrero, porque en ella se encuentran un cierto número de temas, de formas de acción que se utilizaron más adelante, en el mes de mayo. Particularmente la ocupación de los locales; los muchachos iban a ocupar los albergues de las muchachas y viceversa, mientras que en algunos lugares se ocupaban hasta los locales administrativos, y to-

do esto ya con la voluntad por parte de los estudiantes de ocuparse de los asuntos de la universidad. Abrogaban los reglamentos interiores y establecían otros nuevos, reivindicaban el derecho de animación y de vida política y sindical en las ciudades universitarias. Así la movilización adquiría un carácter mucho más importante que en los años anteriores.

—En los momentos del estallido, muchos observadores dijeron que Francia parecía estar sumida en un sueño profundo. ¿Desde el punto de vista de la UNEF y estudiantil sentían ustedes esta efervescencia?

—Creo que esta efervescencia era muy perceptible. En el segundo trimestre todavía no habíamos previsto realizar una campaña nacional. Pensábamos que en los campus podía hacerse un trabajo limitado pero interesante. Quedamos asombrados al ver que esta campaña tenía un éxito semejante. Todos los campus de Francia participaron en ella. Esto nos mostraba que en realidad había algo que se estaba produciendo: eso fue el 14 de febrero. El 21 de febrero la UNEF organizaba manifestaciones con motivo de Viet Nam. En París se reunieron 7 000 personas. No habíamos conocido una movilización semejante, ni aun el 9 de noviembre, cuando el ini-

cio de las clases había tomado un cariz tan difícil en París.

El análisis que hacíamos era el siguiente: en marzo el reinicio de las clases va a ser un momento sumamente duro, va a haber momentos de batalla decisiva. En abril organizamos numerosas manifestaciones con motivo de lo de Grecia, o en apoyo de Rudi Dutschke. En cada manifestación decíamos: si la policía llega a intervenir brutalmente, la cosa va a comenzar. En la última manifestación en apoyo de Dutschke, los estudiantes que se habían reunido rompieron una R 16, la policía no intervino, pero si lo hubiera hecho la cosa hubiera comenzado en ese momento. Necesitábamos una chispa, algo que produjera de repente una movilización.

—Y cuando usted decía “la cosa va a comenzar”, ¿pensaba que la cosa llegaría hasta las barricadas?

—Sí, porque cuando se observaba la situación alemana o la italiana, se daba uno cuenta de que no se diferenciaban de la situación francesa, los problemas que se planteaban eran los mismos. Por otra parte, había un cierto contagio entre todos estos movimientos estudiantiles. El problema del medio obrero es otro problema. No se pensaba que este movimiento llegaría a poner en crisis al régimen, golpe del que

no se repondrá según creo. Esto no lo esperábamos, porque en Alemania, en Italia, los estudiantes nunca habían podido rebasar su medio y su movimiento nunca había dado lugar a un movimiento general de los obreros.

—Pero, según usted, ¿a qué se debe la politización de esta generación de estudiantes? ¿Es que los jóvenes de hoy son más adultos y llegan a comprender más rápidamente las cuestiones de orden político? ¿Se trata simplemente de una cuestión demográfica?

—No, creo que hay algo mucho más profundo. Usted citaba hace un momento una frase que se esgrimió mucho al comienzo de los acontecimientos: Francia se aburre. Ahora nos damos cuenta que Francia no se aburría para nada. El período actual ha quedado marcado por un debate, una toma de conciencia, no sólo entre los estudiantes sino también entre los obreros. Es cierto que antes del movimiento había, digamos, algo así como una gran corriente reaccionaria, que a la gran corriente reaccionaria siguió una gran corriente revolucionaria, y que ahora a la gran corriente revolucionaria, sigue una gran corriente reformista. Sólo los estudiantes muy politizados planteaban los términos de la enseñanza en un marco muy general y la inscribían en

el interior de un sistema social. Actualmente éste es un tema llevado y traído, la masa estudiantil se da cuenta de que los problemas universitarios no se pueden aislar de otros problemas.

La UNEF pasó por un gran período: la guerra de Argelia. Después de este período hubo una especie de vacío político, al menos en lo concerniente a los debates de políticos en Francia. Es cierto que todos los sindicatos y todos los partidos han pasado por esto. Pero el hecho de que este año se haya llegado a un cierto número de acciones, muestra que se ha producido un hecho nuevo. Particularmente, cuando se puso en ejecución la reforma Fouchet. Aquí veníamos a dar con problemas condicionados por una situación exterior al medio universitario. Los estudiantes por sí solos no podían combatir la reforma Fouchet; era imposible. El problema Fouchet planteaba el problema de la enseñanza en general y precisamente la inserción de la enseñanza dentro de la sociedad; esto suponía una intervención de los sindicatos obreros, pero a este nivel hay que reconocer que el medio estudiantil estaba muy aislado. Lo que teníamos que ver era el eco que nuestras formas de acción suscitaban en el medio estudiantil, y aquí, en mi opinión, se ve un ascenso con respecto al año pasado.

—Esa ha sido la gran controversia, ya que el ex ministro de Educación, Peyrefitte, en los inicios de mayo, decía que todo eso sólo representaba una minoría. Pero mientras usted o cualquier otro hablaban a nombre de la UNEF, o a nombre de los estudiantes ¿qué porcentaje representaba esto?

—Creo que nuestro porcentaje era por lo menos tan alto como el de los sindicalizados en el medio obrero. En el mes de noviembre teníamos casi 70 000 afiliados. Contando con que en Francia hay unos 500 000 estudiantes, esto constituye un porcentaje de sindicalización bastante elevado. Si se compara a la UNEF con los movimientos extranjeros similares, menos que había una gran diferencia. En Italia había un sindicato muy poco politizado; en Alemania tiene usted asociaciones estudiantiles muy poco politizadas; y en Francia, en cambio, existe un sindicato que estaba relativamente politizado, por una parte. Y por otra parte, un número de grupos políticos también muy definidos. Esto ha traído durante cierto tiempo algunos problemas. Entre los grupos políticos había problemas de rivalidad y entre estos estudiantes politizados y la masa estudiantil había una gran diferencia. El movimiento ha permitido

que todo eso desaparezca así como también el surgimiento de una nueva generación de militantes y estudiantes en su masa politizada. Puede ser que con relación a otros grupos la UNEF no haya estado bastante politizada, pero el problema radicaba sobre todo en términos de diferencia de línea política. De eso trataban los debates de la UNEF y la pelea se producía con respecto a las líneas políticas, y no sobre el hecho de que hay que estar más o menos politizado.

—Entre todas las jornadas y las noches del mes de mayo, la noche del 10 al 11 de mayo, la noche de la calle Gay-Lussac es la más importante para todos aquellos que la han vivido. ¿Está usted de acuerdo en esto?

—Creo que este movimiento ha tenido diversas etapas, pero efectivamente la noche del 10 al 11 de mayo marca una etapa importante. Esa fue la noche en que se llevó a cabo una prueba de fuerza. La prueba de fuerza no se planteaba en términos de "si resistimos durante tres días, vamos a ganarle a la policía". No se trataba de eso, porque militarmente hemos perdido. Pero políticamente salimos vencedores, puesto que logramos que se nos reuniera la masa de los trabajadores. El día siguiente el gobierno hizo una declaración donde se aceptaban los tres puntos

que habíamos propuesto: amnistía, retirada de las fuerzas policíacas, reapertura de las facultades.

—Como quiera que usted era un estudiante como los otros al mismo tiempo que un portavoz, ¿durante esa noche tuvo que tener algún tipo de protección especial?

—Pasé esa noche al lado de Alain Geismar mientras él discutía con el rector Chalin. Yo, por mi parte, me negaba a hablar con Chalin porque eso no iba a servir para nada, pero tampoco consideraba inútil la iniciativa de Geismar. Esto significaba una cierta buena voluntad. Pasamos buena parte de la noche esperando la respuesta. Y a las 2 y 17, cuando los CRS intervinieron, hicimos lo que todos los estudiantes, nos quedamos. Sólo nos fuimos cuando verdaderamente lo que había que hacer ya era ponerse a salvo. Eran las 5 y media de la mañana, prácticamente no quedaba nadie en la calle Gay-Lussac. Nuestro papel durante esa noche fue sobre todo calmar a las gentes, pedirles que no hicieran actos de provocación. Luego, cuando la policía intervino, nuestro papel consistió en hacer cadenas para que las gentes no retrocedieran precipitadamente y todo se hiciera en orden. A partir del momento en que estalla la contienda uno se encuen-

tra como cualquier otro militante, a no ser que por encima de todo haya un trabajo que realizar. Se actúa estrictamente en el lugar en que se está sin poder ocuparse de otras barricadas que se hacen en otras calles ya que en esos momentos no existen medios de comunicación.

—¿Ha habido contactos secretos entre ustedes y personalidades políticas, gubernamentales o de otro tipo?

—En el caso del SNE-SUP sí. En lo que respecta a nosotros, hubo nada más que una tentativa durante la noche con Sarda, que en ese momento era nuestro abogado. La administración nos hacía proposiciones sumamente moderadas y en las cuales no adquiría ningún compromiso. De este modo la respuesta también fue muy rápida. Yo estaba en el auto de Radio-Luxembourg, desde donde hablé con Sarda por onda corta. Le dije: en primer lugar lo que nos proponen es inaceptable; segundo, si el ministro quiere hacer proposiciones, que las haga públicamente. A decir verdad, ésta era la única iniciativa.

—¿Ha tenido usted la impresión de que en los días subsiguientes ha habido el deseo de "recuperar" el movimiento y las fuerzas que ustedes representan?

—No lo creo. ¿Quién estaba como para recuperar? ¿El Partido Comunista y la Federación? Estos se mantuvieron tan al margen del movimiento que les era imposible recuperar nada. Los análisis que podían hacer y las actitudes que podían tener no correspondían para nada a la realidad. Basta ver esto: la víspera del día en que la Cámara iba a quedar disuelta, algunos diputados de la Federación pensaban todavía en arrojar proyectos de ley. Para ellos la situación seguía siendo completamente normal. Nosotros nos sentíamos en una situación que era, como sigo pensándolo, revolucionaria.

—Pero dejó de serlo a partir de un determinado momento. ¿Esto se debe únicamente a la reacción gubernamental o a una especie de desmovilización de las tropas de ustedes?

—Nada tuvo que ver con la desmovilización de nuestras tropas. Al respecto hubo manifestaciones que, políticamente, no hacían adelantar la situación, pero que no obstante tenían un significado. Es decir, la manifestación que hicimos la víspera de Pentecostés... Fue una manifestación de masa —30 000 a 40 000 personas— que no tenía un objetivo relativamente preciso, pero durante la cual los estudiantes y una parte de los trabaja-

dores se encontraron para demostrar que estaban presentes, dispuestos a continuar la batalla. La explicación hay que buscarla en otra parte.

—¿De la parte de los adultos?

—No lo creo. La manifestación de Charléty era con todo significativa. La “desmovilización” hay que explicarla a partir de la estrategia que desde hace algún tiempo defienden el Partido Comunista y la CGT, que encontraron ahora una buena oportunidad para ponerla en práctica. Por otra parte, si las condiciones objetivas de una situación revolucionaria estaban dadas, era necesario que las organizaciones fueran conscientes de que la situación era verdaderamente revolucionaria; por consiguiente, las condiciones “subjetivas” no estaban dadas.

—Si digo la palabra “adulto”, es porque me pregunto, como otras muchas gentes, si aparte de todos los problemas políticos no hay también un verdadero problema generacional simple y sencillamente.

—No creo en absoluto que se trate de un problema generacional, basta con observar que los trabajadores han planteado los mismos problemas que nosotros.

—De todos modos fueron los trabajadores jóvenes los que los plantearon al principio, ¿no?

—No sólo los trabajadores jóvenes. Basta con ver actualmente el contenido de los debates que se llevan a cabo en las fábricas, las reflexiones de los trabajadores en las fábricas. Dicen: “Bueno, por esta vez no habremos obtenido gran cosa, pero la próxima vez vamos a organizarnos desde el principio, van a ver lo que es ocupar un lugar y con la rapidez que lo vamos a hacer”. Es cierto que el movimiento partió de los jóvenes, y ello por algunas razones objetivas. Lo mismo que en el medio estudiantil había un malestar con respecto al porvenir, los obreros jóvenes también sentían exactamente este malestar. El problema de la formación profesional, de seguridad en el empleo, son problemas que afectan a todos los jóvenes.

—¿Puede decirse que después de las jornadas de mayo y las que hubo en junio, que tienen también su importancia, el movimiento sufrió una especie de reflujo? ¿Cuál es su estado actual y cuál es su futuro?

—No creo que el movimiento haya sufrido un reflujo, porque todos los debates que se han llevado a cabo continúan. Las gentes siguen planteándose el pro-

blema del régimen, los trabajadores se plantean el problema dentro de sus empresas. El otro día tuvimos un debate con militantes obreros, decían que ahora un capataz ya no podrá decir cuando haya que cambiar un equipo: "traigan la carne". Eso se acabó. Se han producido algunos cambios. Se cita por ejemplo el caso de una mujer de cincuenta años que dijo en su empresa: "Con todo no se ha obtenido lo que queríamos, vamos a tener que meterle mano al asunto." El movimiento, aparentemente, disminuye, pero repito que aparentemente. Aparentemente los trabajadores vuelven a sus puestos. Creo que el movimiento cobra otra forma. Después del período de sensibilización, de acciones de masa, hay un trabajo de agitación y discusión que va a continuar durante todas las vacaciones, y todo el mundo se pregunta lo mismo: ¿qué es lo que va a pasar a la vuelta? ¿Va a pasar a la vuelta o va a suceder más tarde?

—¿Qué significa para usted el mitin del 27 de mayo en Charléty?

—Creo que la manifestación de Charléty es una nueva corriente política. No tenía una clara definición porque había mucho de ambigüedad: había secciones de la CGT, secciones de la FO, gentes de partidos políticos y

gentes de masa. Pero a pesar de todo resultó una cierta línea de política común: la batalla debe continuar de manera unida. Además, se hacía una referencia explícita al socialismo. Y sobre todo fue una manifestación espectacular. Por otra parte la palabra de orden de Charléty se ha lanzado contra todo el mundo. Los comités de acción no la aceptaban, las centrales se mostraban reticentes, la mayoría de los que participaron se mostraban reticentes. Charléty tenía lugar en los momentos en que se estaban concluyendo las negociaciones. Algunas personas pensaban que el problema se iba a arreglar mediante acuerdos, mediante la discusión con el gobierno. Por otro lado, ahí estaba Charléty, con una política diferente, donde se tenía conciencia de que los más importantes no eran los acuerdos con el gobierno, sino la acción de los estudiantes y trabajadores, dirigida hacia el socialismo. Después de Gay-Lussac, el gran momento fue Charléty.

La policía no se encontraba en los alrededores de Charléty. Esto impidió que hubiera encuentros. Si la policía hubiera estado, la cosa habría sido diferente. A pesar de los piquetes organizados para dispersar la manifestación, todo se llevó a cabo muy bien. La calma que hubo al final de lo de Charléty se explica también



porque la gente, al final, tomó conciencia de que sucedía algo nuevo, que esta manifestación llevaba algo más que las barricadas. Charléty se sitúa en una cierta dinámica de lucha. Ahora los trabajadores han vuelto a las empresas, los estudiantes se van a ver obligados a entrar en las facultades para hacer un buen trabajo de reflexión. Ya no existe la oportunidad de unificación que hubo en los momentos de Charléty.

—¿Cómo van a organizarse los obreros teniendo en cuenta el aparato que los rodea?

—Es un problema complicado. Habría que preguntárselo a los trabajadores, no quiero responder por ellos. Según los contactos que tenemos, creo que los obreros no están satisfechos. Algunos vuelven a criticar las direcciones sindicales. Los comités de huelga se mantienen a veces, se crean comités de acción. Se observa sobre todo que esta masa de trabajadores vuelve con la impresión de que se ha dejado engañar. No sabe exactamente por quién. Hay un cierto sentimiento de descontento difuso. Será interesante ver sus reacciones cuando comprendan que lo que han ganado lo han perdido, y esto en el momento en que recomienza la lucha. Esto es lo que va a tener importancia. Pero entonces vamos a ver

cuáles serán las tácticas del partido y la CGT.

—¿Cuál es la táctica de ustedes?

—Estamos directamente subordinados a lo que puedan hacer el Partido y la CGT. Nos contábamos entre los que pensábamos, antes del desarrollo de este movimiento, que los partidos stalinistas ya no eran revolucionarios. No deseaban ver el desarrollo de las corrientes revolucionarias importantes, tanto en los países europeos como en los otros. Basta ver la posición que toman en América Latina, es algo sintomático. Basta ver cuando están en el poder con los socialdemócratas. Considere el ejemplo de algunos países de la Europa del Norte, y se dará cuenta de que finalmente tienen una política nada revolucionaria y que el socialismo llevado a cabo es, cuando más, tímido. Hay que buscar entonces la explicación de esta estrategia. Es muy sencillo. Hay que remontarse a la época que siguió a la guerra fría: la coexistencia pacífica. Los partidos stalinistas por nada del mundo quieren oír hablar de movimiento que pongan en crisis su concepción de la coexistencia pacífica. Es cierto que un vuelco de la sociedad francesa ponía en peligro la coexistencia pacífica. Viet Nam no ha logrado hacer estallar la coexistencia pacífica de estos partidos, hacer

estallar el lazo que existe entre Moscú y Washington. SUPONGA QUE SE PRODUCE EN FRANCIA LA REVOLUCION SOCIALISTA, ESO QUERRIA DECIR UN TRASTORNO MUY GRANDE SOBRE EL TABLERO MUNDIAL, COSA QUE NO LES GUSTA PARA NADA. Desde el comienzo fue evidente que jugaron la carta de De Gaulle. Para ellos, mucho más importante que encontrarse en el poder con los socialdemócratas en una posición difícil, es seguir en la oposición y seguir siendo el partido más importante de la oposición. Está también el problema de las líneas políticas. El stalinismo no ha muerto. Ahora bien, es evidente que el movimiento que se desarrolló en Francia habría desembocado en un socialismo que no sería en absoluto un socialismo stalinista, sino por el contrario un socialismo sumamente libre. Desde el principio el PC ha jugado la carta de De Gaulle; eso es evidente. Quince días antes que De Gaulle, el PC decía ya: "La única solución son nuevas elecciones". Y el Partido Comunista no está loco, sabía perfectamente cuál sería el resultado de las elecciones.

—Entonces, teniendo en cuenta que eso era "imposible", ¿puede decirse que todo el "movimiento" descansa sobre un sueño?

—El PC y la CGT han logrado limitar la corriente revolucionaria de los trabajadores porque han hecho un análisis sociológico de su base, que les ha permitido ver lo que podían decir exactamente. El análisis que han hecho, en particular después del discurso de De Gaulle, era: "Nuestros afiliados son trabajadores que acaban de entrar en la sociedad de consumo, la televisión, el refrigerador, un cierto derecho a la cultura, y que en los primeros momentos van a tener miedo de perder todo eso." Así, habrá podido observar que cuando De Gaulle dijo: "No escatimaremos todos los medios necesarios", el PC sacó a relucir el fantasma de la guerra civil diciendo:

"¿Se dan cuenta? Van a perderlo todo", cosa que permitió que la base aceptara las posiciones de la CGT. Porque la base quería un cambio importante, quería efectivamente satisfacer sus reivindicaciones, pero por otro lado no quería perder lo que tenía. Fue un gesto de mucha habilidad. En eso han logrado lo que pretendían. Pero en un futuro no creo que el PC podrá mantener la misma posición. Cuando los trabajadores vean que no les queda nada, eso no va a gustarles. Entonces creo que el PC, al no poder adoptar la misma táctica de bloqueo, tendrá una actitud muy diferente.

Eso era visible cuando Séguy llegó a Boulogne y presentó los acuerdos, donde se sobreentendía que había que aceptar los acuerdos. Inmediatamente los obreros se negaron: "Entonces, camaradas, no nos queda más que la lucha, continuaremos la lucha"; viraje muy rápido para poder tomar la dirección de la lucha, de manera que no hubiera ingerencia de otras manos, y limitarla luego. Tengo la impresión de que si el movimiento vuelve a iniciarse, el PC tomará la dirección de la lucha. Reconsiderará sus posiciones y derrocará a De Gaulle. Si ve que es posible, tratará de derrocar al capitalismo para llegar quizá a una solución de compromiso, para no irse por su izquierda.

—Volviendo a las jornadas de mayo, ¿Hay en un momento dado (y hablo desde el punto de vista físico) una imagen, una frase, un personaje o algo que, en la perspectiva actual, le haya impresionado más que otra cosa?

—Lo que más se me queda es algo así como una idea general. La impresión de que la cosa ha reventado por todas partes. Prácticamente en el mismo día se pudo ver a trabajadores que ocupaban sus fábricas, estudiantes que ocupaban sus facultades, que se lanzaban a la calle, funcionarios de Educación que vienen a verlo a uno diciéndole:

"Hemos hecho comités de acción, estamos hasta el último pelo de trabajar para ministros uno tras el otro, tenemos ganas de hacer un trabajo interesante", futbolistas que ocupan el local de la federación de fútbol diciendo: "Estamos cansados de que nos exploten", inspectores de finanzas que se ponen a hacer piquetes de huelga o comités de acción; dondequiera, dondequiera se da uno cuenta que la cosa explota, que la gente tiene deseos de expresarse, esa es la impresión que me llevo. Cuando uno creía que todo estaba dormido, de repente todo explota.

LA SITUACION ERA REVOLUCIONARIA POR DOS RAZONES: DURANTE ALGUN TIEMPO SE HIZO EVIDENTE QUE DE GAULLE NO PODIA HACER NADA —SI NO TOMO NINGUNA MEDIDA FUE PORQUE VERDADERAMENTE NO PODIA— Y ESTUVO EL HECHO DE QUE TODO EL MUNDO TENIA DESEOS DE EXPRESARSE, DE TOMAR LOS ASUNTOS EN SUS MANOS. ESO ES EL SOCIALISMO, el comienzo de un verdadero socialismo; claro que esto puede tener cierto aspecto "poujadista" en la medida en que cada uno dentro de su dominio, sin contar con los otros, pretende tener sus pequeñas ventajas. Lo más excepcional que había en todo esto no era el que las gentes de-

fendieran sus pequeñas ventajas, sino que tenían deseos de expresarse y unirse. Era algo muy diferente a un movimiento poujadista, y correspondía mucho más profundamente a una cierta tradición revolucionaria francesa. Se sintió entonces el resquebrajamiento de esta sociedad que temblaba y todas las gentes que querían expresarse y organizarse.

—¿Qué planes tiene para cuando haya terminado sus estudios?

—Todavía no lo sé, lo ignoro totalmente. Eso depende de tantas cosas. Teóricamente hago historia del arte. La hago, pero no creo en el arte. Hay toda una investigación que hacer sobre el

arte. ¿Qué es el arte? Es un medio de expresión. Estos problemas no se plantean de manera inmediata. ¿Qué es lo que pasará dentro de 6 meses, 1 año? Esa es la cuestión. Hoy por hoy nadie puede decirlo. En la UNEF, según los análisis que hacemos, pensamos que el movimiento va a reanudarse. El año pasado la vuelta a clases ya se produjo en condiciones tales que este año va a ser peor. El movimiento universitario va a dar otro salto, de eso puede estar seguro. El problema sigue en pie: el problema del movimiento obrero. Creo que también el movimiento obrero va a dar otro salto. ¿Será para dentro de 6 meses, un año, dos años? Ahí está la cuestión.